

QUIPU VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 15 11/9/2020

VALDELOMAR O LA RENOVACIÓN



ABRAHAM VALDELOMAR, CIEN AÑOS DESPUÉS

EVA VALERO*

Escribir sobre Abraham Valdelomar (Pisco, 1888 - Ayacucho, 1919), tras una centuria de su prematuro fallecimiento, significa adentrarse en el autor que ejemplifica la insurgencia literaria principal en el Perú de comienzos del siglo xx.

Representante de la renovación del panorama literario peruano en los albores del siglo pasado, su producción abarca prácticamente todos los géneros literarios: narrativa, teatro, poesía, ensayo, crónicas y artículos, prosas poéticas, así como muchos textos inclasificables desde un punto de vista genérico. La dispersión de los múltiples textos de nuestro autor fue resuelta en 2001 por Ricardo Silva-Santisteban en su edición de las *Obras completas* de Valdelomar, en las que, en lo relativo al género principal del autor, el cuento, estableció una organización que permitió poner orden y concierto en este corpus textual: «cuentos exóticos», «novelas cortas», «cuentos criollos», «cuento cinematográfico», «cuentos yanquis», «cuentos chinos», «cuentos humorísticos», «cuentos fantásticos», «crónicas y narraciones históricas», *Los hijos del Sol*, y la biografía novelada *La Mariscala*. Sobre esta edición pudo trabajar Elena Martínez-Acacio bajo mi dirección en una tesis defendida en 2015, que ha dado como resultado el libro *Abraham Valdelomar, narrador del Perú moderno*. Una monografía que, tras el centenario del autor, se convierte en una obra de referencia sobre la narrativa de Valdelomar.

Pero no se puede recordar a Valdelomar sin hacerlo de la mano del cenáculo de escritores por él congregado, el célebre grupo *Colónida*, aquella nueva promoción de escritores nacidos pocos años después de José de la Riva Agüero o los hermanos García Calderón- que surgió paralelamente a la generación academicista y universitaria del 900 en 1916. Este surgimiento se produjo en torno a la revista de título homónimo al del grupo, dirigida, precisamente, por Valdelomar. Cabe recordar, para situarle en dicho contexto, que la insurgencia de este conjunto de autores supuso una defensa de las provincias, de donde varios de ellos procedían -Alberto Ureta, Abraham Valdelomar o Percy Gibson-, y representó, según José Carlos Mariátegui, una insurrección «contra el academicismo y sus oligarquías, su énfasis retórico, su gusto conservador, su galantería dieciochesca y su melancolía mediocre y ojerosa». Era el principio de la que Luis Alber-

to Sánchez llamó la «herejía antinovecentista», que tradujo de nuevo la oposición congénita al Perú entre Lima y la provincia -entre lo criollo e hispánico y lo mestizo e indígena-, en este caso a través del antagonismo que enfrentaba dos propuestas literarias: la academicista de los universitarios y la libre creación de los autodidactas.



Palais Concert, Jirón de la Unión, ca. 1920

Los escritores de este cenáculo se formaron literariamente en el momento de la *belle époque*: el tiempo de los modernistas latinoamericanos y de los simbolistas franceses, del impresionismo, el gusto decadente y el lirismo dannunziano. En este ambiente, los llamados *colónidas* «practicaban la devoción a los paraísos artificiales, al dandismo en el vestir, el wildeanismo en el decir y a la costumbre criolla -especialmente de la costa- como tema de sus divagaciones». Protagonizando este cenáculo, Valdelomar llamó la atención de inmediato con su refinamiento *sno-bista*, y con la adopción del seudónimo *pasatista* y colonial de «El conde de Lemos».

Hablar de Valdelomar es, también, hacerlo sobre las tertulias del mítico Palais Concert, lugar emblemático de la *belle époque* peruana. Como es bien conocido, la irónica aseveración de Valdelomar es un emblema o tópico del secular centralismo de la capital: «¡Lima es el Perú, el Jirón de la Unión es Lima, el Palais Concert es el Jirón de la Unión y yo soy el Palais Concert!». Allí acudían artistas y escritores, pero también llegaban, al decir de Julio Ramón Ribeyro, «los ricachones para codearse con los bohemios o tirarse un lance con las vienasas»; «el Palais, *su* Palais -escribió Luis Loayza-, fue el centro de una inteligencia, de un estilo que marcó la ciudad y tendría lejanos efectos insospechados; a la mesa de Valdelomar se sentaron Mariátegui y Vallejo».

Siendo un provinciano de la costa, cuando Valdelomar llegó a la capital resuelto a conquistar la fama, se asimiló inmediatamente a las costumbres del limeñismo y adoptó las formas literarias propias del novecientos. Ribeyro describió su aspecto de dandy en una foto antigua que conservaba en sus álbumes de familia: «luce escaarpines, pantalón

blanco de seda, chaleco a cuadros y corbata de mariposa». Bien conocido es el mortal accidente, una caída por unas escaleras relatada hasta la saciedad, que truncó prematuramente su vida. Y, sin embargo, a pesar de haber fallecido a los 31 años, su obra obtuvo una significación fundamental para la evolución de la literatura peruana. Imprescindible para entenderla es el libro de Sánchez, *Valdelomar o la belle époque*, donde encontramos también un extenso y detallado recorrido por su vida.

A lo largo de este libro son constantes las alusiones a la evolución del escritor que, de atildado cronista, se convirtió en «juvenil y ardoroso orador de plazuela», lo que en su literatura se tradujo, sobre la fecha de 1913, en un abandono de sus «dannunzianas rutilancias. Adquirió precisión e ironía; ganó en sequedad y humor». Esta evolución marca un desarrollo literario en el que, tras despojarse del peso de la tradición limeña, que se evidencia precisamente en sus visiones urbanas -las de las novelas breves *La ciudad de los tísicos* y *La ciudad muerta*, ambas de 1911-, así como en *Con la argelina al viento*, emprende una literatura diferente en la que se incorpora con fuerza el ambiente de la provincia, y cuyos logros más relevantes se canalizan a través del cuento: «El caballero Carmelo» (su relato más célebre, aparecido en 1913), «Los ojos de Judas», «Hebaristo, el sauce que murió de amor», etc. El paisaje costero y su encanto nostálgico y melancólico es el ambiente de estos relatos en los que la mirada poética horada la realidad desnuda, el paisaje natural de la costa peruana, rodeado de un halo de misterio que se nos da a través de la idealización del recuerdo infantil y familiar.

Mariátegui subrayó la importancia de esa evolución para la literatura peruana, tanto por la incorporación de nuevos aires cosmopolitas (por ejemplo, Valdelomar inició el cultivo de la greguería de Ramón Gómez de la Serna) como por la introducción de la cotidianidad provinciana: «Su personalidad no solo influyó en la actitud espiritual de una generación de escritores. Inició en nuestra literatura una tendencia que luego se ha acentuado. Valdelomar, que trajo del extranjero influencias pluricolores e internacionales y que, por consiguiente, introdujo en nuestra literatura elementos de cosmopolitismo, se sintió, al mismo tiempo, atraído por el criollismo y el incaísmo».



ABRAHAM VALDELOMAR

TRISTITIA

*Mi infancia, que fue dulce, serena, triste y sola,
se deslizó en la paz de una aldea lejana,
entre el manso rumor con que muere una ola
y el tañer doloroso de una vieja campana.*

*Dábame el mar la nota de su melancolía;
el cielo, la serena quietud de su belleza;
los besos de mi madre, una dulce alegría,
y la muerte del sol, una vaga tristeza.*

*En la mañana azul, al despertar, sentía
el canto de las olas como una melodía
y luego el soplo denso, perfumado, del mar,*

*y lo que él me dijera, aún en mi alma persiste;
mi padre era callado y mi madre era triste
y la alegría nadie me la supo enseñar.*

1916

En suma, esta incorporación de la provincia y su ambiente como escenario de los relatos, la evolución hacia la sencillez narrativa, o la mirada irónica y sarcástica de sus crónicas, entre otros rasgos, sitúan a Valdelomar como renovador de una nueva literatura peruana que pronto se concretaría en novedosas propuestas estéticas. Fueron, en definitiva, muchos los que, en aquel tiempo, vieron en Valdelomar la apertura de un nuevo rumbo para el cuento nacional y auguraron al autor un puesto de honor en las letras peruanas. Así lo dejó pronosticado, ya en 1918, tras la publicación del volumen de cuentos *El Caballero Carmelo*, un joven Luis Alberto Sánchez: «Cuando, dentro de algunos años, se escriba la historia literaria de nuestra época; cuando se hable de las influencias múltiples y de los escritores que, entre nosotros, tuvieron el valor de romper muchos prejuicios y de flotar sobre la mediocridad ambiente, Abraham Valdelomar tendrá un lugar envidiable y a él serán consagradas muchas páginas -tal vez capítulos- de nuestra historia literaria actual».

En 2020, el libro de Elena Martínez-Acacio hace realidad aquel lejano pronóstico. Sirvan también estas páginas para dar merecida continuidad a aquel vaticinio escrito, certeramente, hace algo más de un siglo. Celebramos con ello cien años de Valdelomar, y de crítica literaria sobre su magna e imprescindible obra en el devenir de la tradición literaria del Perú.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Abraham Valdelomar, *Obras completas*. Lima, PetroPerú, 2001.
Elena Martínez-Acacio, *Abraham Valdelomar, narrador del Perú moderno*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2020.
Luis Alberto Sánchez, *Valdelomar o la belle époque*, México, FCE, 1969.

* Profesora titular de la Universidad de Alicante y especialista en literatura peruana.



Carmen Escalante y Ricardo Valderrama, en la biblioteca de su casa

AMAUTAS CUZQUEÑOS

Dos de los más importantes estudiosos de la cultura andina murieron el pasado agosto: Jorge Flores Ochoa (1935) y Ricardo Valderrama Fernández (1945). Ambos eran cuzqueños, descendían de antiguos linajes incaicos, signados también por la huella hispana, y aunque la vida académica los había llevado por el ancho mundo, se mantuvieron apegados al Cuzco, donde hicieron notables aportes al conocimiento de la vida y costumbres de sus pueblos y ejercieron la cátedra de antropología en la Universidad Nacional San Antonio Abad.



J. Flores Ochoa

Jorge Flores Ochoa llevó a cabo estudios pioneros con los pastores de altura y analizó sus ritos y cosmovisiones en importantes libros como *Los pastores de Paratía* (1968) y *Pastores de Puna* (1977). Además, hizo numerosos y documentados trabajos etnográficos sobre temas diversos -queros,

prácticas religiosas, cultura material y arte andino, entre otros- aparecidos en distintas publicaciones.

Ricardo Valderrama y su esposa, Carmen Escalante, publicaron en 1977 una obra ya clásica en la tradición oral peruana: *Gregorio Condori Mamani. Autobiografía*, estremecedor testimonio de un cargador y su cónyuge, Asunta Quispe Huamán, en un texto quechua-español que ha merecido numerosas traducciones y ediciones. Publicaron luego *Del Tata Mallku a la Mama Pacha: riego, sociedad y ritos en los Andes peruanos* (1988), *Nosotros los humanos. Ñuqanchik runakuna. Testimonio de los quechuas del siglo XX* (1992) y *La doncella sacrificada: mitos del Valle del Colca* (1997).

A su obra antropológica, que suma otras investigaciones y artículos, debe añadirse la enriquecedora hospitalidad de su casa de San Jerónimo, centro de animadas tertulias donde eran acogidos destacados estudiosos que visitaban la antigua capital inca. Elegido primer regidor de la Municipalidad del Cuzco, Ricardo Valderrama tuvo que asumir la alcaldía y cumplía ejemplarmente su deber cuando fue víctima de la pandemia. El lunes 31 de agosto, los pututos -caracolas marinas tocadas en los ritos andinos-, dejaron oír sus sonos dolientes en la Plaza del Regocijo, donde familiares, autoridades y representantes populares le dieron el último adiós.

<https://www.youtube.com/watch?v=9RfkN7vdCA>

AGENDA



Ángel Chávez. *En la playa*. Óleo sobre tela, 1979

MALABRIGO, PUERTO Y CANCIÓN

Paraíso de surfistas por la longitud de sus olas, el puerto de Malabrigo (llamado también Chicama) se encuentra a unos 70 km al norte de la ciudad peruana de Trujillo, en la costa norte del país. Malabrigo inspiró uno de los temas más apreciados de la música criolla: el *triste* con fuga de tondero que lleva, precisamente, su nombre. La música es del cantor y compositor trujillano Alcides Carreño Blas (1905-1986) y la letra de César Miró (Lima, 1907-1999), escritor multifacético. Desde hace más de medio siglo, el tema ha tenido numerosos intérpretes, como el tenor Luis Alva, Lucha Reyes, Eloísa Angulo o los hermanos Zañartu. Seguidores de este grupo, Ketty Villaverde, Milagros Alvarado, Antonio Silva y Valente Morales, integrantes del cuarteto *Mi Perú*, grabaron a fines del año pasado la más reciente versión de *Malabrigo*.

<https://www.youtube.com/watch?v=KFHDLfueAog>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe